cudido repetidas veces su látigo sobre la cara de Raoul montó á caballo y partió á galope dejándonos una maldicion por adios.

¿Qué suerte de suplicio nos esperaba en la caverna del Aguila? Esta era la cuestion; porque imaginarse que se nos conducia allí para dejarnos sal-

va la vida, hubiera sido una locura.

Lopez respondia de nosotros, y en consecuencia tomó sus precauciones. Despues de habernos puesto una mordaza á cada uno con una bayoneta que nos pusieron entre los dientes nos condujeron al bosque. Allí fuimos colocados boca arriba de modo que formásemos el centro de cuatro árboles gruesos dispuestos en paralelógramo: luego ataron de nuestros brazos y piernas largas cuerdas que enrollaron al rededor de los troncos de los árboles: de esta suerte estábamos como pieles que se hacen secar al sol. Nuestros verdugos se divirtieron en estirar las cuerdas hasta el punto de hacer crujir nuestras glándulas; despues de lo cual un jarocho se acostó al través sobre cada una de nuestras ligaduras y bajo esta estrecha vigilancia pasamos el resto de la noche.

CAPITULO LI.

COLGADOS POR LOS TALONES.

LA noche fué larga; la mas larga que yo he pasado jamas: no puedo espresar mejor lo que esperimenté durante estas horas mortales, que comparándolo á una de esas horribles pesadillas que nos atormentan durante el sueño; pues todavía era mas horroroso.

Para poner colmo á nuestra tortura, venian los jarochos de rato en rato á sentarse sobre nuestros cuerpos como sobre una silla y hablaban tranquilamente fumando su cigarro mientras que nos ahogábamos bajo su peso. No podiamos protestar porque estábamos con mordaza; pero aun cuando hubiéramos estado en disposicion de hacerlo, el resultado de nuestras reclamaciones habria sido el escitar solo las bufonadas de nuestros verdugos.

La naturaleza parecia en relacion con los sentimientos melancólicos que nos dominaban: la luna, medio oculta entre las nubes, no arrojaba sino una luz incierta; el viento murmuraba como el estertor de un moribundo en las hojas de los árboles. Muchas veces, durante la noche, oí los ahullidos del lobo de la pradera; en los que reconocí á Lincoln; pero estábamos muy bien guardados por los jarochos para que el cazador pudiese acercársenos, y ademas su presencia no hubiera podido sernos de ningun alivio.

Llegó por fin la mañana: nos ataron sobre el lomo de mulas viciosas y anduvimos por en medio de los bospues. Subimos por largo tiempo una colina y llegamos por último á su cima terminada por una pequeña meseta. Allí nos desataron de encima de las mulas y nos dejaron en el suelo bajo la custodia de cerca de treinta jarochos. Empezaba á amanecer y veiamos distintemente á nuestros guardas, los que no nos parecieron mas bellos á los rayos del sol que á la luz rojiza del incendio del rancho. cudido repetidas veces su látigo sobre la cara de Raoul montó á caballo y partió á galope dejándonos una maldicion por adios.

¿Qué suerte de suplicio nos esperaba en la caverna del Aguila? Esta era la cuestion; porque imaginarse que se nos conducia allí para dejarnos sal-

va la vida, hubiera sido una locura.

Lopez respondia de nosotros, y en consecuencia tomó sus precauciones. Despues de habernos puesto una mordaza á cada uno con una bayoneta que nos pusieron entre los dientes nos condujeron al bosque. Allí fuimos colocados boca arriba de modo que formásemos el centro de cuatro árboles gruesos dispuestos en paralelógramo: luego ataron de nuestros brazos y piernas largas cuerdas que enrollaron al rededor de los troncos de los árboles: de esta suerte estábamos como pieles que se hacen secar al sol. Nuestros verdugos se divirtieron en estirar las cuerdas hasta el punto de hacer crujir nuestras glándulas; despues de lo cual un jarocho se acostó al través sobre cada una de nuestras ligaduras y bajo esta estrecha vigilancia pasamos el resto de la noche.

CAPITULO LI.

COLGADOS POR LOS TALONES.

LA noche fué larga; la mas larga que yo he pasado jamas: no puedo espresar mejor lo que esperimenté durante estas horas mortales, que comparándolo á una de esas horribles pesadillas que nos atormentan durante el sueño; pues todavía era mas horroroso.

Para poner colmo á nuestra tortura, venian los jarochos de rato en rato á sentarse sobre nuestros cuerpos como sobre una silla y hablaban tranquilamente fumando su eigarro mientras que nos ahogábamos bajo su peso. No podiamos protestar porque estábamos con mordaza; pero aun cuando hubiéramos estado en disposicion de hacerlo, el resultado de nuestras reclamaciones habria sido el escitar solo las bufonadas de nuestros verdugos.

La naturaleza parecia en relacion con los sentimientos melancólicos que nos dominaban: la luna, medio oculta entre las nubes, no arrojaba sino una luz incierta; el viento murmuraba como el estertor de un moribundo en las hojas de los árboles. Muchas veces, durante la noche, oí los ahullidos del lobo de la pradera; en los que reconocí á Lincoln; pero estábamos muy bien guardados por los jarochos para que el cazador pudiese acercársenos, y ademas su presencia no hubiera podido sernos de ningun alivio.

Llegó por fin la mañana: nos ataron sobre el lomo de mulas viciosas y anduvimos por en medio
de los bospues. Subimos por largo tiempo una colina y llegamos por último á su cima terminada por
una pequeña meseta. Allí nos desataron de encima de las mulas y nos dejaron en el suelo bajo la
custodia de cerca de treinta jarochos. Empezaba
á amanecer y veiamos distintemente á nuestros
guardas, los que no nos parecieron mas bellos á los
rayos del sol que á la luz rojiza del incendio del
rancho.

cudido repetidas veces su látigo sobre la cara de Raoul montó á caballo y partió á galope dejándonos una maldicion por adios.

¿Qué suerte de suplicio nos esperaba en la caverna del Aguila? Esta era la cuestion; porque imaginarse que se nos conducia allí para dejarnos sal-

va la vida, hubiera sido una locura.

Lopez respondia de nosotros, y en consecuencia tomó sus precauciones. Despues de habernos puesto una mordaza á cada uno con una bayoneta que nos pusieron entre los dientes nos condujeron al bosque. Allí fuimos colocados boca arriba de modo que formásemos el centro de cuatro árboles gruesos dispuestos en paralelógramo: luego ataron de nuestros brazos y piernas largas cuerdas que enrollaron al rededor de los troncos de los árboles: de esta suerte estábamos como pieles que se hacen secar al sol. Nuestros verdugos se divirtieron en estirar las cuerdas hasta el punto de hacer crujir nuestras glándulas; despues de lo cual un jarocho se acostó al través sobre cada una de nuestras ligaduras y bajo esta estrecha vigilancia pasamos el resto de la noche.

CAPITULO LI.

COLGADOS POR LOS TALONES.

LA noche fué larga; la mas larga que yo he pasado jamas: no puedo espresar mejor lo que esperimenté durante estas horas mortales, que comparándolo á una de esas horribles pesadillas que nos atormentan durante el sueño; pues todavía era mas horroroso.

Para poner colmo á nuestra tortura, venian los jarochos de rato en rato á sentarse sobre nuestros cuerpos como sobre una silla y hablaban tranquilamente fumando su cigarro mientras que nos ahogábamos bajo su peso. No podiamos protestar porque estábamos con mordaza; pero aun cuando hubiéramos estado en disposicion de hacerlo, el resultado de nuestras reclamaciones habria sido el escitar so-

lo las bufonadas de nuestros verdugos.

La naturaleza parecia en relacion con los sentimientos melancólicos que nos dominaban: la luna, medio oculta entre las nubes, no arrojaba sino una luz incierta; el viento murmuraba como el estertor de un moribundo en las hojas de los árboles. Muchas veces, durante la noche, oí los ahullidos del lobo de la pradera; en los que reconocí á Lincoln; pero estábamos muy bien guardados por los jarochos para que el cazador pudiese acercársenos, y ademas su presencia no hubiera podido sernos de ningun alivio.

Llegó por fin la mañana: nos ataron sobre el lomo de mulas viciosas y anduvimos por en medio de los bospues. Subimos por largo tiempo una colina y llegamos por último á su cima terminada por una pequeña meseta. Allí nos desataron de encima de las mulas y nos dejaron en el suelo bajo la custodia de cerca de treinta jarochos. Empezaba á amanecer y veiamos distintemente á nuestros guardas, los que no nos parecieron mas bellos á los rayos del sol que á la luz rojiza del incendio del rancho. Lopez mandaba este destacamento: su vigilancia no se durmió por un solo instante, siendo evidente que consideraba al padre como un hombre de palabra.

Permanecimos en esta posicion cerca de media hora; al cabo de este tiempo oimos un ruido que atrajo nuestra atencion: era una partida de hombres á caballo que llegaban á galope: Jaranta estaba á su frente, cincuenta de los suyos le seguian, y en un instante se puso al lado de nosotros.

—¡Buenos dias, caballeros! dijo el padre con un tono de burla apeándose. Yo creo que vdes. habrán pasado buena noche: estoy seguro de que Lopez habrá cuidado de que sus lechos estuviesen bien mullidos. ¡No es verdad, Lopez?

-Sí, capitan, respondió el lacónico Lopez.

—¿Y diga vd., Lopez, estos caballeros han en-

-Sí, capitan.

-¿Y no se han caido, eh?

-No, capitan.

—¿Luego han dormido bien? tanto mejor, porque tienen un viaje largo que hacer. ¿No es verdad, Lopez?

-Sí, capitan.

-Yo creo, señores, que estarán vdes. prontos pa-

ra partir.....¿Lo están?

Teniendo cada uno de nosotros una bayoneta entre los dientes, como hemos dicho, y estando ademas ligados de piés y manos, esta pregunta no debia recibir, y no recibió ninguna respuesta: su reverencia no esperaba ninguna seguramente, porque continuò sin detenerse proponiendo algunas cuestiones del mismo género á su subteniente, que siendo de natural taciturno, se contentaba con responder á su superior por los simples monosílabos de sí ó no.

No estábamos aun ciertos acerca de la suerte que se nos reservaba, sabiamos que era preciso morir; pero qué género de muerte?....Lo ignorábamos completamente, aunque me figuraba que la intencion del padre era precipitarnos de la roca.

Este punto importante se aclaró al fin. No debiamos llegar á la eternidad por el camino que me imaginé al principio; una muerte mas horrible nos esperaba; debiamos ser colgados por encima del abismo.

Parecia que la naturaleza habia querido ayudar al monstruo en el cumplimiento de sus horribles designios: muchos pinos brotaron ramas horizontalés hasta sobre el último bordo del cerro, por entre las cuales pasaron sus largos lazos los jarochos. Hábiles como todos los mexicanos en manejar cuerdas, no se detuvieron mucho en sus preparativos y bien pronto las horcas no esperaron mas que á los ahorcados.

—Respetemos las prerogativas del rango, Lopez, dijo Jarauta, viendo que estaban terminados los preliminares; el capitan el primero: ¿me entiende vd?

—Sí, capitan, respondió el imperturbable bandido encargado de la vigilancia de la ejecucion.

—Yo he reservado á vd, para el último, caballero, dijo el padre dirigiéndose á Raoul: vd. tendrá el placer de partir para el purgatorio despues de los otros. ¿No es cierto, Lopez?

-Si, capitan.

-¡Necesita alguno de vdes. de un sacerdote, caballeros? Esta pregunta nos la hizo Jarauta con una risa

de un cinismo repugnante.

—Si quieren uno, no tienen mas que decirlo. Yo mismo he servido algun tiempo en ese ministerio: ¿no es verdad, Lopez?

-Si, capitan.

Todos los jarochos que se habian apeado del caballo y colocádose al rededor del gefe para gozar del espectáculo de nuestra estrangulacion, acojieron esta burla con carcajadas de risa diabólica.

-Bien, Lopez. Alguno de estos señores ha dicho

que si?

-No, capitan.

-Preguntelo vd. á ese irlandés: tal vez sea buen

católico.

Se hizo la propuesta á Chan, por pura mofa, se entiende, porque á él le era tan imposible como á los demas de nosotros, decir una palabra. Sin embargo el soldado encontró medio de responder con una mirada tan elocuente, como si hubiese hecho uso de la palabra.

Los jarochos no lo advirtieron y continuaron rien-

dose á carcajadas.

—Y bien, Lopez, ¿qué dice San Patricio, si ó no?

-No, capitan.

Nuevas carcajadas de risa de toda la canalla.

Acababan de ponerme al rededor del cuello la cuerda que terminaba por un nudo corredizo, y el resto de ella, despues de haber pasado por una rama de árbol, yacia en tierra en pliegues tortuosos cuyo cabo tenia Lopez en sus manos, ya dispuesto á obedecer á la primera palabra de su gefe.

-; Está ya tcdo pronto, Lopez? dijo este.

-Si, capitan.

—Entonces, balancée vd. al capitan ... No, no, aún no. Hágale vd. ver antes el patio sobre que vá á danzar. Es bastante hermoso y creo que no le

lastimará los piés.

En cumplimiento de esta órden me condujeron adelante hasta que mis piés tocaron al borde del precipicio, y me forzaron á sentarme al tronco de árbol destinado para mi suplicio, con las piernas colgando por encima del abismo. Poru na especie de atraccion estraña pero irresistible, hice lo que queria mi verdugo; es decir, miré el abismo por encima del cual debia ser colgado un momento des-

pues.

La colina en cuyo borde me encontraba, tenia formado uno de ellos por las escavaciones hechas por las aguas en las montañas, que se hallan frecuentemente en la América española, donde se conocen con el nombre de barrancas. Se hubiera creido que un golpe violento dado por un brazo gigantesco habia dividido la montaña en dos partes, porque la otra ribera de la barranca estaba apenas á doscientos pasos de la en que nos hallabamos, de la cual no estaba separada sino por una sima horrible, en cuyo fondo bramaba un torrente espantoso. Este torrente que corria á seiscientos piés debajo de mí, me era casi perpendicular, y hubiera podido desde el sitio que ocupaba, arrojar en él con la mano un objeto tan ligero como un cabo de cigarro. Creo tambien que la roca que ocupabamos estaba tan á plomo sobre el torrente que un cuerpo cualquiera abandonado á su propia pesadez habria caido en medio del agua.

El terreno estaba dispuesto casi del mismo modo que el del canal donde combatimos con los perros, con la sola diferencia de que sus proporciones eran mucho mas gigantescas, y el aspecto mas espanto-

Mientras que tenia así fijas mis miradas sobre el abismo, muchos pájaros volaban á la sima, pero estaban á tanta distancia de mí que no pude reconocer sus especies. Solo una águila lo atravesó con su audaz vuelo, de un estremo á otro, y al pasar me rosé la cara con la punta de sus alas.

-Y bien, capitan, me preguntó Jarauta ¿qué

piensa vd. de eso?

-¿No es un salon bien dispuesto para la danza? ¿Qué te parece á tí, Lopez?

-Si, capitan.

-¿Con qué todo está pronto?... un instante mas.... se nos olvidaba la música: se necesita un poco de música, sin ella no se podria bailar. ¿Ola, Sanchez, donde está su clarin?

-Aquí está, capitan. -Tome vd. la embocadura y toquenos el Yankee Doodle: ¡ha! ¡ha! Yankee Doodle, ¿entiende vd?

-Si, capitan, respondió el corneta.

Y al mismo tiempo oimos vibrar las notas del himno nacional tan conocido de los americanos; aquella armonía produjo en mí un efecto que no olvidaré jamas.

-Ahora á vd., Lopez, dijo el padre.

Yo esperaba que me quitasen de allí cuando oí decir á Jarauta:

-Basta ya!

Al instante se paró la música.

-¡Con mil rayos! Lopez, yo tengo un plan mejor, dijo el gefe de los bandidos. ¿Como no me habia ocurrido antes? afortunadamente no es tarde. ¡Ho! ¡ho! ¡ho! ¡Carrambo! es preciso hacerlos danzar sobre las cabezas, lo que será mucho mas lindo; ; no es verdad, Lopez?

La algazara de los jarochos manifestó que esta modificacion al programa recibió la aprobacion

general.

El padre hizo una seña á Lopez, quien se acercó. á él, recibiendo al parecer algunas instrucciones.

No comprendí al principio el nuevo papel que debia representar, pero mi ignorancia fué de poca duracion. Un jarocho me cogió por el cuello, me arrastró á algunos pasos del borde del precipicio, y me quitó el nudo corredizo pasado al rededor de mi cuello para atarlo á los piés.

¡Horror sobre horror! iba á ser colgado con la ca-

beza para abajo.

-Esto producirá mejor efecto: ¿no es verdad, Lopez?

-Sí, capitan.

Este oficial tendrá tiempo al menos de prepararse para ir al cielo antes de morir. ¡No es verdad, Lopez?

-Sí, capitan.

Uno de los jarochos me quitó la bayoneta de entre los dientes dislocándome casi la mandíbula: devolvióseme la libertad de la palabra; pero no usé de ella hallándome incapaz de proferir sonidos articulados.

-Déjele vd. tambien las manos libres que las necesitará para cazar buitres; ¿no es verdad, Lopez?

-Sí, capitan.

Desatáronme la cuerda que me ligaba las muñecas y recobré el uso de las manos. Estaba tendido de espaldas, los piés vueltos del lado del precipicio, y un poco hácia mi derecha se encontraba Lopez teniendo en la mano el cabo de la cuerda que iba á lanzarme en la eternidad.

-¡Ahora la música! Cuando esta empiece, será

para vd., Lopez, la señal, dijo el bandido.

Cerré los ojos y esperé la sacudida; esto no duró sino un momento, pero este momento fué un siglo. Un silencio absoluto reinaba en derredor de mí, uno de esos silencios terribles como los que preceden á la esplosion de una mina ó á la erupcion de un

Luego oí la primera nota del clarin.... pero al mismo tiempo que ella, un tiro resonó á mis oidos, un hombre pasó por encima de mí vacilando; su sangre corria á torrentes y me inundó la cara; luego el hombre cayó con la faz en tierra y desapa-

reció.

De repente tiraron de mis piernas con fuerza y me lanzaron al abismo con la cabeza abajo: tocando mis piés las ramas del árbol, estendí el brazo replegándome sobre mí mismo y tuve la suerte de empuñar una de estas ramas. Despues de otros dos ó tres esfaerzes sobrehumanos, toqué el mismo tr mco del árbol y me así de él con toda la fuerza de la desesperacion. En esta posicion dirigí la vista hácia abajo, y á una profundidad considerable vi un hombre suspenso en el estremo de la cuerda con que yo estaba atado. Era Lopez: su manga roja me lo hizo reconocer á primera vista: estaba colgado por el muslo.

Habiásele caido el sombrero; ví 'a sangre cubrir su rostro y manchar sus espesos cabellos negros; estaba colgado con la cabeza para abajo, y no daba

ninguna señal de vida.

La cuerda pasada al rededor de mis piernas me cortaba las carnes como una navaja; pero joh terror! ¡las raices se conmueven! ¡las oigo crujir y el árbol va á ceder bajo el peso de nuestros dos cuerpos!

Aprieto el tronco con uno de mis brazos y con el otro busco mi cuchillo. ¡Loado sea el cielo! me lo dejaron; lo desenvaino con mis dientes, me inclino, me doy vuelta, toco la cuerda y la corto. Cede vibrando, el objeto rojo colgado por debajo de mí me abandona con la rapidez del relámpago, se hunde en el vacío y cae en el torrente. Un ruido sordo, un poco de espuma, y nada mas. El cuerpo del jarocho y su manga roja desaparecieron en el abismo.

CORTA, PERO TERRIBLE PRUEBA.

LINTRETANTO los tiros resonaban por encima de mí. Oía gritos y veces de hombre confundidas con pasos de caballos y cliqueteos de sables. Comprendí que me habia llegado un socorro inesperado: adiviné que un combate estaba empeñado á algu nos pasos de mí; pero no podía ver nada, porque mi cabeza estaba por debajo del nivel del terreno, donde esta escena tenia lugar.

Escuché todos estos ruidos con una ansiedad fácil de comprender; sin osar ni aun moverme: el peso del cuerpo del jarocho habia al principio reteni-

LOS TIRADORES.

do mis piernas en el nudo; pero despues que corté la cuerda que nos ligaba uno á otro, nada me sostenia por aquel lado; y como mis piés estaban siempre estrechamente ligados, un solo movimiento hubiera bastado para que se deslizasen de encima de la rama que les servia de punto de apoyo y para precipitarme en el abismo. Por otra parte me habia debilitado la alternativa de vida y muerte que sufria hacia muchas horas; pero me quedaba sin embargo la fuerza suficiente para asirme del tronco del árbol como una ardilla espantada.

Los tiros se hicieron menos frecuentes, los gritos parecieron alejarse, luego oí un hurra, hurra anglosajon, hurra americano, y un rato despues una voz

bien conocida decia á mi oido:

—Por los cuernos del diablo; ¡hénos aquí vivos! Yo bien sabia que vd. no habia muerto. ¡Ea! capitan; ya estamos aquí. Y vdes., niños, ¡ayúdenme! Tengan, cojan mis manos. ¡Bien, bien!

Al mismo tiempo que pronunciaron estas palabras, una mano vigorosa me habia cogido por el cuello de mi vestido, sacándome del árbol para co-

ocarme en el suelo.

Miré à mis libertadores: Lincoln danzaba como un loco prorumpiendo en gritos de alegria. Doce hombres vestidos del uniforme verde-gris de los tiradores veian riendo sus demostraciones. A algunos pasos de allí un destacamento guardaba los prisioneros, mientras que cien hombres divididos en grupos, subian la colina dirigiéndose hácia nosotros. Eran los que venian de perseguir á los jarochos que habian sido derrotados completamente.

Encontré allí á Twing, Hennessy, Hellis y otros muchos oficiales conocidos mios: me rodearon con interes, y recibí en esta ocasion mas cumplidos y felicitaciones que si hubiese sido el dia de misnupcias.

El pequeño Jack fué quien nos trajo este so-

corro.

Despues de un rato de conversacion con el mayor, volví al lado de Lincoln, que-estaba de pié á algunos pasos de mí examinando con atencion un cabo de la cuerda que tenia en sus manos. Vuelto en sí de sus primeros transportes de alegría, habia recobrado su semblante, su carácter habitual.

-¿Qué hay Bob! le pregunte observando su ai-

re de asombro.

—Vd. me vé en una gran sorpresa, capitan, respondió: bien comprendo cómo aquel bandido le arrastró á vd. en su caida; pero lo que me confunde es ver esa cuerda cortada, y me pregunto qué se ha hecho el otro cabo.

Conocí entonces que el fragmento de cuerda que llamaba la atencion del cazador era el que ató mis piernas, y le espliqué el misterio. Este alto hecho pareció enzalsarme mas en la estimacion del sargento, quien volviéndose á uno de los tiradores, antiguo cazador como él, le dijo:

—Sí, Nat, el capitan es mas agil y flexible que un gato salvaje y seria capaz de alcanzar á un oso gris en la carrera. Se lo aseguro á vd., Bob Lincoln.

Despues de esta reflexion tan lisongera para mí, el valiente sargento se acercó al precipicio, examinó el árbol, luego el cabo de la cuerda, volvió otra vez al árbol y se puso en seguida á tirar muchas piedras pequeñas en el abismo, sin duda, con el fin de medir su profundidad. Era evidente que la aventura le parecia maravillosa, y que procuraba grabarse en la memoria todos sus pormenores.

Twing y los demas se habian apeado: al volver-

me para él ví á Clayley ocupado en hacer una visita á la bota del mayor: el ejemplo de mi subteniente era bueno de seguir, lo imité, y me sentó muy bien.

-Pero cómo se ha hecho vd. para encontrarnos, mayor?

- —Este pequeño soldado es quien nos ha conducido al rancho, donde vd. fué hecho prisionero, respondió el mayor señalándome á Jack: de allí hemos seguido fácilmente las huellas de vd. hasta una grande hacienda.
 - —¡Ah! vdes. han derrotado la guerrilla? —Nosotros no hemos visto guerrilla.

- Cómo! en la hacienda.

—Habia en ella peones y mugeres; nada mas. Pero dónde tenia yo la cabeza?... Sí, es verdad, hubo gente que tiró sobre nosotros. Thornley y Hillis, que están presentes, han sido heridos gravemente y aun no se hallan del todo curados. pobres mozos!

Volvíme para estos oficiales, pero ambos reian y no comprendí nada,

-¡Ah! Hennessy, continuó el mayor, recibió tam-

bien una herida en medio del pecho....

-A fe mia; eso es cierto; esclamó este último.

- —Vamos, mayor; denos vd. una esplicación, dije entonces con tono serio; porque no tenia humor de bromear: empecé en efecto á adivinar cuáles podrian ser esos enemigos de que hablaba el mayor, y las mofas sobre este particular me disgustaban y encolerizaban.
- —Y bien, capitan, dijo Hennessy respondiendo por el mayor; yo voy á poner á vd. al corriente. Hemos encontrado dos personas las mas encanta-

doras que he visto en mi vida... y ricas.... ricas como Creso.—¿No es verdad, señores?

-Ciertamente, respondió Hellis.

—Pero es preciso ver, repuso Hennessy, como se han portado con el tigre de vd. Ellas lo rodeaban, lo apretaban; creí que se iban a comer al muchacho.

Sentia muy viva impaciencia por saber mas; pero como ví que no podia sacar nada por ese lado, tomé el partido de ocultar mi inquietad y de aprovechar la primera ocasion de hablar con Jack.

-¿Pero cerca de la hacienda? pregunté variando

de conversacion.

- —Seguimos las huellas de vd. hasta el canal; donde encontramos sangre sobre las rocas: allí cesó todo indicio, y estábamos sin saber á donde dirigir los pasos, cuando un jóven, que parecia conocido de Jack, un mozo, á fe mia, de un aspecto tan gracioso como distinguido, nos enseñó el camino, y desapareció en seguida, sin que le hayamos vuelto á ver. Proseguimos así hasta una pequeña pradera situada á la orilla de los bosques: el suelo estaba pisoteado de caballos, pero las huellas no llegaban mas allá, por lo que nos estraviamos segunda vez.
- —¿Y cómo se han hecho vdes. para venir aquí? —Por una casualidad bien singular. Estábamos para llegar á la ruta nacional, cuando el gran sargento de la compañía de vd. saltó en medio de nosotros de encima de las ramas de un árbol.

—¿Qué ha visto vd., Jack? pregunté en voz baja al niño despues de haberlo llamado á parte.

-Los he visto á todos, capitan.

-Y bien.

—Me preguntaron dónde estaba vd., y cuando les dije que....

-Y bien, ;despues?

-Parecieron estar muy afectados.

-; Y luego?

-Y las señoritas ...

-Y bien, ; las señoritas? -Estaban como locas, y daban gritos de desesperacion.... Jack era la paloma que traia la rama

de oliva.

-¿Han dicho donde iban? pregunté despues de una pausa de un momento, durante la cual, despierto como estaba, acababa de tener uno de los ensueños mas deliciosos.

-Sí, capitan: van á fijarse en el interior del

pais.

-; Dónde? pero dónde pues?

-Es un nombre bastante singular: no podré recordarlo. ¿Jalapa? ¿Orizava? ¿Córdova? ¿Puebla? ¿México? Creo que sea uno de estos nombres; ¿pero cuál? es lo que he olvidado, capitan.

-Capitan Haller, dijo á este tiempo el mayor, una palabra, si vd. gusta. Hay aquí algunos de los que se disponian á colgar á vd.; atienda vd.; ¿los

reconoce? Hablando así, el mayor me señalaba cinco jaro-

chos que habian sido hechos prisioneros.

-Sí, le respondí; creo reconocerlos; sin embargo

no me atreveré á certificar su identidad.

- Por San Patricio! Mayor, puedo jurar por mi salvacion que yo los reconozco, yo: sobre todo hay entre ellos un canalla que me ha dado una famosa razon para no olvidarle, si un puntapié en el vientre puede llamarse razon. Ea! no te ocultes ahora, villano, negrillo, mírame de frente; ¿no me reconoces?

-Acérquese vd., soldado; dijo el mayor.

— 375 —

A esta órden se adelantó Chan, y dió en pecas palabras esplicaciones muy comprometidas para los

jarochos.

-Está bien, dijo el mayor despues de haber oido al irlandes.-Subteniente Claiborne, continuó dirigiéndose al oficial mas jóven en graduacion, ¿cuál es su parecer?

-Que los ahorquen; respondió el subteniente con

una voz solemne.

- Y el de vd., subteniente Hallis?

-Que los ahorquen.

-; Y el de vd., subteniente Clayley?

-Que los ahorquen, respondió con voz firme y vibrante.

-; Y el de vd., capitan Hennessy?

-Que los ahorquen.

-¿Y su opinion, capitan Haller?

-Su resolucion de vd. está bien fundada, ma-

-Yo queria tratar de que se modificase el rigor

de esta condena.

-Capitan Haller, dijo el mayor interrumpiéndome de repente, no tenemos tiempo, ni facilidad de llevar con nosotros prisioneros. Nuestro ejército ha ganado ya á Plan del Rio, y se prepara á atacar el desfiladero. Si perdemos una hora solamente, llegaremos muy tarde á la batalla, y vd. sabe tan bien como vo lo que podria resultar.

Conocia muy bien el carácter resuelto de Twing para hacerle oposicion por mas tiempo. Me callé y

los jorochos fueron condenados á la horca.

El pasaje siguiente estractado de la relacion oficial del mayor sobre todo el negocio, hará conocer suficientemente el resultado de esta sentencia.

"Hemos matado cinco hombres al enemigo y hé-

chole otros tantos prisioneros; pero el gefe de estos bandidos no ha podido ser capturado. Los prisioneros han sido juzgados y condenados á la horca. Habian preparado tormentos para el capitan Haller y sus compañeros, y á falta de otros mas convenientes, nos hemos servido del patíbulo para con ellos.

CAPITULO LIII.

UNA BATALLA A VUELO DE PAJARO.

DEJAMOS la caverna del Aguila una hora, poco mas ó menos, despues de amanecer. Habiamos andado algunos centenares de pasos, cuando me dí vuelta sobre mi silla y miré atras. Los cinco cadáveres de los jarochos colgados de los árboles formaban un cuadro tan horrible que no lo clvidare en toda mi vida. Sus compañeros que sin duda los veian en esta triste posicion de algun bosque inmediato, debieron hacer con este motivo singulares reflexiones.

Estos desgraciados fueron ejecutados sin que se les despojase de su traje elegante, habiéndoles servido de sudarios sus vestidos de guerra: cubiertos con los dobleces de sus mangas, estaban inmóviles por encima del abismo, mientras que el águila pasaba cerca de ellos lanzando su grito guerrero, y millares de buitres oscurecian el cielo por encima de sus cabezas y volaban á la redonda acercándose en cada círculo á la horrible presa que codiciaban.

Antes que hubiésemos perdido de vista la colina del Aguila las aves de rapiña se habian posado sobre los cadáveres y hundian con avidez sus corvos picos en sus carnes aun calientes y palpitantes, ¡Qué horror!... á la vista de tan horrible espectáculo no pude menos de reconcentrarme en mí mismo y hacer algunas reflexiones sobre esta estraña mutacion de las víctimas,

Llegamos bien pronto al pié del declive y nos encontramos sobre el borde del torrente que atravesamos algunas horas despues para dirigirnos al Oeste. Nuestra marcha nos condujo en la mitad del dia cerca de un arroyo de agua clara y límpida al que hacia sombra un lindo bosque de palmeras; no podiamos apetecer cosa mejor para pasar la siesta, y allí nos detuvimos.

Despues de algunas horas dadas al reposo, y cuando se calmó un poco el calor del dia, nos volvimos á poner en camino, y llegamos por la tarde al pueblito de Jacomulco, donde resolvimos pasar la noche. Twing obligó al alcalde á que le suministrase víveres y forrage, hizo atar los caballos en la plaza, y ordenó á los hombres que encendiesen las hogueras y vivaqueasen en el mismo paraje, habiendo colocado por precaucion un centinela á la entrada de cada uno de los caminos que venian á parar en el pueblo.

Al amanecer dejamos nuestra estacion, y despues de algunas horas de camino sobre las riberas del Plan, á cinco millas por encima del Puente, nos dirigimos hácia él siguiendo la ribera del rio, que no es, como todas las corrientes del país, sino un verdadero torrente con cien piés de profundidad que corre por el abismo de una sombría barranca.

Proseguiamos tranquilamente nuestro camino y trepábamos por una costa escarpada, cuando de repente nos llamó la atencion la vista de un objeto que nos hizo estremecer: en linea recta delante de nosotros, en la cumbre de la colina tajada en forma de bóveda, se alzaba una torre por encima de la cual flotaba el estandarte de México.

La torre estaba defendida por una larga línea de hombres con uniforme militar: ginetes soberbiamen-

te vestidos recorrian á galope la colina.

Veiamos relucir el cobre de los cascos y despedir relámpagos las bayonetas. Un obús de bronce resplandecia tambien á los rayos del sol, distinguiendo perfectamente á los artilleros en su puesto. La voz del clarin y el sonido del tambor llegaban hasta nosotros, y estábamos tan cerca que podiamos hasta oir las voces de mando.

—¡Alto! gritó Twing tirando con ligereza las riendas de su caballo. ¡Gran Dios! vamos á parar al campo enemigo. ¡Guia! añadió volviéndose con cólera para Raoul y sacando hasta la mitad de su

espada de la vaina, ¿qué significa eso?

—Esta colina, mayor, respondió el soldado sin moverse, es el Telégrafo y cuartel principal de los mexicanos.

-¿Y porqué hemos de tomar por allí, pues? Estamos apenas a una milla del enemigo.

-A diez millas, mayor.

—¡Cómo á diez millas? si veo de aquí el águila de su bandera: digo á vd. que apenas habrá una milla.

-En cuanto á la vista, así es, pero no como ca-

mino, mayor; hay diez millas como se lo he dicho ya, porque para ir hasta el Telégrafo es preciso dar vuelta por la barranca, y ademas no tenemos otra senda para llegar al Plan.

Lo que decia Raoul era cierto; aunque estuviesemos á tiro de cañon del enemigo, no por eso esta-

bamos menos distantes de diez millas.

Un abismo nos separaba, de lo que pudimos convencernos al cabo de algunos instantes, porque llegamos á sus bordes y nos pusimos á andar por ellos con tanta ligereza como lo permitia una ruta cubierta de piedras y en muy mal estado.

-- Gran Dios! Haller, llegaremos muy tarde! á galope! gritó Twing dando órden de acelerar el

paso.

La tropa obedeció marchando con mas viveza. El Plan, la aldea, el campo americano con sus blancas pirámides empezaban á presentarsenos, pero lejos, muy lejos por debajo de nosotros en la llanura que dominábamos como de lo alto de una torre. A pesar de la rapidez de nuestra marcha no habiamos podido conseguir dar vuelta á la barranca.

-¡Dios mio! dijo Twing, nuestro campo está de-

sierto.

En efecto se veia en él poco movimiento: algunos conductores de convois, inválidos, guardias avanzadas para la custodia del campo, eran los solos séres animados que podian descubrir nuestras miradas.

-Vea vd., vea vd.

Seguí la direccion que me indicó el ademan de Twing. Sobre las alturas que dominaban el campo se estendia una larga línea de color azul oscuro; eran soldados que se formaban en ala haciendo relueir al sol, á cada uno de sus movimientos, mas de diez mil bayonetas. La línea azul se desarrolló como una gran serpiente dirigiéndose al Telégrafo y bien pronto desapareció detras de la colina.

Entonces de encima del cerro de figura de bóveda partió un cañonazo, luego otro y otro y otros muchos acompañados de mosquetería, de tambores, trompetas, gritos y algazára.

Dióse principio á la batalla.

—Llegamos muy tarde.

Nos encontramos aún á ocho millas del teatro de la accion: no era posible llegar á tiempo y nos paramos furiosos maldiciendo nuestra mala suerte.

Sin embargo, continuaba la descarga de fusilería con una intensidad siempre en aumento. Distinguimos en medio de todos los ruidos el de las carabinas americanas, cruzandose á cada instante en los aires las bombas, las balas y la metralla.

Toda la colina se encontraba envuelta en una nube de vapor sulfuroso por entre la cual veiamos pequeños destacamentos de soldados que se deslizaban de roca en roca y de maleza en maleza y avanzaban siempre haciendo un fuego graneado. Algunos sin embargo quedaban á retaguardia heridos por la metralla que caia sobre ellos desde lo alto de la colina.

Bien pronto salió de los bosques una tropa numerosa y se puso á escalar el cerro á pesar de todos los peligros. Muchos muertos quedaron en el camino, pero llegaron al fin. Entonces se cruzaron las bayonetas, brillaron los sables, se batieron enrrojeciendose de sangre; gritos de furor llenaron el aire, luego siguió un largo silencio; despues otro gran grito, un hurra de alegría y de triunfo. Al mismo tiempo por entre el humo que empezaba á disiparse percibimos millares de hombres precipitandose

como torrentes de lo alto de la colina hasta su pié, y ganando los bosques que se estienden a sus faldas.

La niebla de azufre que oscurecia la atmósfera no nos habia permitido reconocer á qué partido pertenecian los fugitivos. Nuestras miradas preguntaban con ansiedad á la cima de la torre, mientras que de la nube que rodeaba su base se escapaba aún el ruido sordo de los últimos fusilazos que tiraban sobre los fugitivos.

—¡Mire vd., mire vd! gritó una voz. El pabellon mexicano ha sido vencido. ¡Aquella es la bandera estrellada!

En efecto, el estandarte americano se elevaba magestuosamente por encima de una nube azul de humo; lo reconocimos por las fajas de que está atravesado, así como por el cuadro sembrado de estrellas que adorna uno de sus ángulos.

Al verlo toda nuestra tropa prorrumpió en un fuerte hurra.

Era negocio concluido; en menos tiempo del que he gastado en contarlo, la batalla de Cerro-Gordo fué perdida por los mexicauos y ganada por nosotros.

CAPITULO LIV.

MODO SINGULAR DE RETIRARSE DE UN CAMPO DE BATALLA.

Continuabamos á caballo con la cara vuelta para el Telégrafo contemplando nuestra bandera que